

Kalisch, Hannes. 2003. Educación y escritura — „¿y la vida? Algunas consideraciones acerca de la educación escolar indígena. Acción. Revista paraguaya de reflexión y diálogo 235: 35-37.

Educación y escritura - ¿y la vida?

Algunas consideraciones acerca de la educación escolar indígena

Hannes Kalisch

La escuela se nos presenta a través de algunas fórmulas que parecen muy coherentes y convincentes. Se afirma, por ejemplo, que la educación es necesaria para el desarrollo y posibilita salir de la miseria.

Implícitamente, se equipara educación con educación institucionalizada, dando una importancia exclusiva a la escuela de tradición occidental, mientras quedan desatendidas las potencialidades y responsabilidades sociales de formar y posibilitar la participación en los conocimientos y su apropiación. Razonamientos de esta índole, diariamente repetidos, relacionan diferentes fenómenos de una forma que aparentan ser evidentes y por lo tanto incuestionables. Razonamientos que impiden que se asuma críticamente una realidad que todos constatamos: que la educación escolar de un modo u otro no cumple con lo que de ella esperamos. Al contrario, dichas formas de razonar nos inducen a ocultar nuestras dudas con una falsa solución -aunque también, supuestamente evidente: *augmentamos la cantidad de horas de clase*. ¿Quién, pues, podría cuestionar que más exposición a la sabiduría produce más educación? Al fin, no se tocan los aspectos relevantes para lo que la escuela debería buscar: dar más vida al pueblo. Más bien, las simplificaciones desvían la atención de las cuestiones esenciales e imposibilitan dar respuesta a las preocupaciones y aspiraciones existentes.

Seamos concretos. La escuela actual y vigente se percibe básicamente como transmisora de conocimientos. En la tradición occidental, la generación, ampliación y transmisión de estos conocimientos están inseparablemente ligadas a la escritura. Por lo tanto, uno de los logros básicos de la educación es la tan reivindicada superación del analfabetismo. Pero, ¿qué implicancias tiene este presupuesto para la educación escolar concreta? Y más aún, ¿para la educación escolar indígena?

¿Educación es escribir?

La exclusión del otro diferente

La equiparación de la “educación” con la habilidad de escribir desconoce las formas alternativas para la transmisión y reconstitución de contenidos, que están presentes y vigentes en las sociedades autóctonas. Se dice, por ejemplo que recién la ortografía le da al idioma su gramática: “este idioma tiene ortografía, ya tiene gramática” y se ignora que la gramática existía en la mente de sus hablantes mucho antes de la invención de la letra.

El profundo menosprecio hacia las formas autóctonas que nutre expresiones de esta índole, excluye no sólo los contenidos autóctonos, sino toda una tradición milenaria de

generación, reconstitución y ampliación de conocimientos. Niega, por lo tanto, que pueda existir una educación que no sea, en el fondo, la “occidental”. De hecho, la llamada escuela indígena se desenvuelve desde un principio con un gran desnivel ideológico: no se presenta a través del eje maestro - alumno que podría referirse a un proyecto común, sino con la oposición exclusiva del “nosotros, que sabemos” y “los indígenas, que deben aprender”. Nunca, entonces, puede volverse un espacio para un viaje aprehensivo compartido, un lugar donde se realice, como ya lo propusiera Freire, “una devolución que se le hace al pueblo, en forma organizada, de aquello que él nos ofrece en forma desorganizada”. De este modo queda descartado que la escuela sea un lugar donde el pueblo indígena construye su presente y su futuro: la vida del pueblo indígena se vuelve una vida que definen los otros. Pero así, nunca llega a ser una vida asumida con alegría.

¿Ortografía ya es escribir?

La exclusión de la profundidad

La reivindicación de la factibilidad de escribir se ve fácilmente sujeta al menosprecio de lo autóctono. Además, se suele simplificar sobre manera el mismo concepto del escribir. Se dice: “falta una ortografía para este idioma”, como si la definición de la ortografía fuese un logro en sí que garantiza la posibilidad de escribir. Contradiendo una frecuente percepción —típica del pensamiento ‘blanco’ en su relacionamiento con grupos indígenas en cuanto piensa y hace pensar que tener un estatuto ya es organización, tener hospital es salud, tener escuela es educación— hay que afirmar que tener una ortografía no es nada. La ortografía, pues, no es más que una simple herramienta. Para que sea de utilidad, debe llegar a dar acceso a las potencialidades de la escritura.

Sin embargo, pasa inadvertido que la enseñanza de la lecto-escritura es un sin sentido sin libros que puedan ser leídos. Es más, aún en las comunidades donde se la enseña en idioma autóctono, más allá de algunas cartillas para los primeros grados, no hay nada más para leer. Que el origen de una tradición literaria propia nunca fuera previsto indica nuevamente que los pueblos indígenas fueron planteados como objetos de la escritura, nunca como sus sujetos: la finalidad principal de la ortografía ha sido, entonces, posibilitar el acceso a contenidos blancos, un paso inicial de la alfabetización en castellano.

Ahora bien, uno de los desafíos básicos es atender a que la definición del sistema ortográfico de una lengua y su posterior enseñanza sólo tienen sentido, si encaran desde un principio una apropiación orgánica de la herramienta de la escritura y conciben a los hablantes del idioma como protagonistas responsables del proceso. Caso contrario, el escribir nunca “funciona bien” y sólo se relaciona con contenidos superficiales o, por ser ajenos, mal entendidos. Es lo que expresa un joven Angaité: “Sé leer en castellano, pero no entiendo casi nada. En mi idioma lo entendería todo, pero no puedo leer”. Esto lleva a la típica frustración que se origina cuando las propuestas de los “blancos”, aunque aparentan ser adecuadas para la construcción y la dignificación de la vida, no cumplen con las esperanzas que se tienen en ellas ni posibilitan el entendimiento.

¿Escribir es vivir dignamente?

Un presupuesto erróneo

Existe consenso sobre que la escritura debería aportar a la dignificación de la vida. Se

afirma, por ejemplo, que “los indígenas deben aprender a leer y escribir para que no se los pueda engañar.” Sin embargo, la misma expresión es negativa en cuanto se refiere a la reacción preventiva, no a la construcción activa. Además, no atañe a la escritura en el idioma materno. Más bien, concibe la escritura desde la entrada en el castellano; aquellos, pues, que la usan para engañar nunca van a ser gente indígena. Sin detenernos nuevamente en lo que la exclusión del idioma materno significa para el ser autóctono, recalamos que la escuela nunca ha logrado esta meta preventiva. Más allá de las deficiencias conceptuales y prácticas en la enseñanza de la lecto-escritura, para salvarse de gente malintencionada, lo menos importante que uno necesita es poder leer, sobre todo en un contexto cultural donde el rechazo directo es valorado como muy conde-nable por parte de los indígenas.

¿Y las alternativas?

¿Por qué, entonces, no nos libramos por un momento del presupuesto de que la escritura es necesaria para que haya educación? De hecho, la vida indígena actual no tiene muchas ocasiones en las que escribir y leer constituyen una necesidad real. Que no se nos entienda mal: no hablamos en contra del derecho indígena de escribir, y especialmente del derecho a un espacio para desarrollar las potencialidades de la escritura en su idioma materno y a partir de su mundo propio. Más bien, argumentamos en contra de una lógica que equipara educación con la habilidad de escribir y el no poder leer con una falta de educación. Cuestionamos una escuela cuyo objetivo principal es llegar lo más lejos y lo más alto posible en la escalera educativa institucional; pero que no busca preparar para la vida. Cuestionamos una escuela que corteja a los indígenas con la participación, aunque su mismo diseño la hace imposible: los alumnos de una cultura diferente, sin o con letras, no tienen las condiciones para llegar lejos en un sistema escolar que excluye su forma de ser.

Bajo ciertas condiciones, la escritura puede aportar algo a los procesos de generación y fortalecimiento de significados propios y por lo tanto a la dignificación de la vida. Pero a pesar del énfasis permanente en su supuesta importancia, estos procesos no están necesariamente ligados a la escritura y mucho menos dependen de ella: la oralidad es y va a seguir siendo el pilar de la vida autóctona.

Sugerimos por lo tanto que la educación escolar indígena se apropie fundamentalmente de la dimensión oral para poder cumplir con su rol de dar vida al pueblo. Hay que dar lugar a la inclusión de las respectivas estrategias de actuación tanto como de los contenidos que se desenvuelven a través de lo oral. Pero sobre todo, asumir el papel primordial que la oralidad tiene en los pueblos indígenas sería garantizar el protagonismo autóctono a partir de la misma dimensión conceptual. Esto implica un cambio radical en la forma actual de escuela, pero no significaría comenzar de cero, sino asumir y revitalizar lo existente en los pueblos indígenas. A la vez, podría significar un paso hacia la superación del actual dilema de la escuela: la búsqueda indígena puede generar parámetros válidos también para el contexto criollo. Como dijera Bartomeu Melià hace un par de años en este mismo espacio, “no hay un problema de educación indígena; hay sí una solución indígena al problema de la educación”.

Pa'lhama-Amyep, 17 de junio de 2003.